

Abarca, Gabriel

Lévinas: voces y ecos

Consonancias Año 11 N° 41, 2012

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Abarca, Gabriel. “Lévinas : voces y ecos” [en línea]. *Consonancias*, 11,41 (2012). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/levinas-voce-ecos-abarca.pdf>[Fecha de consulta:]

Lévinas: voces y ecos

Gabriel ABARCA

Introducción

La Psicología ha ido avanzando paulatinamente como ciencia y tomando lugares muy variados en nuestra sociedad hasta el punto que tiende a estar omnipresente en varios espacios culturales, a veces como invitada de lujo y otras veces, en honor a la verdad, como intrusa. Otro aspecto de dificultad consiste en presentar algo que nos represente. Si entre los teólogos, los filósofos, los economistas, los músicos, etcétera hay disenso, entre los psicólogos no ocurre nada distinto. Bastará que alguno afirme alguna cosa para que otro levante la voz en sentido contrario, aunque más no sea su voz interior.

Entonces, lo pertinente y lo representativo se encontraron en un atolladero. La solución, tal vez contemporánea, fue recurrir a un *estilo*. El texto que continúa, el que nos atrevemos a encontrar, es mi *estilo* de abordaje de estos temas. No constituye, por sí mismo, ningún establecimiento ni cierre de diálogos o inquietudes. No se presenta como un resumen doctoral de saberes, del cual estoy lejos. Es, más bien, una *elaboración*, surgida a instancias de la solicitud del IPIS. El peso de este esquema que planteo quedará más claro, así lo espero, en lo subsiguiente.

Marco de referencia

A continuación, deseo explicitar el marco de referencia textual en el que basé las reflexiones que prosiguen. Traeré temas de la ética en Lévinas, apoyado en el artículo "El tiempo y el deseo", escrito por Joan-Carles Mèlich para la revista *En-*

rahonar. No soy experto en Lévinas ni Doctor en Filosofía. Las reflexiones sobre este artículo tienen el valor de *una escucha clínico-teórica* de un psicólogo de orientación psicoanalítica. Sobre esto último, también vale la pena una aclaración: no soy psicoanalista afiliado a algún instituto oficial; sí lo soy por mi práctica, mis estudios, mi simpatía teórica, mi carácter y, en última instancia, por mi habilitación como tal. En este contexto, privilegiaré las lecturas del psicoanálisis francés contemporáneo no lacaniano, de la mano de autores como André Green y César y Sara Botella. Para terminar este movimiento de cierre inicial y antes de los de apertura, los comentarios bíblicos a los que pueda hacer referencia tampoco provienen de un Doctor en Sagrada Escritura; sí de un hombre de fe que busca respuestas, o cree que lo hace, preguntándose sobre el Señor.

Ética, espacio-temporalidad y deseo en Lévinas

A fin de facilitar la comprensión del artículo citado,¹ me limitaré a hacer un recorrido por el mismo. El autor divide la temática a tratar en dos, "Tiempo" y "Deseo". En la sección dedicada al tiempo, indica lo siguiente:

- Existe un tiempo lineal y uno "ético" –la expresión es mía; el autor lo llama simplemente "Tiempo", sin cualificar–. En el primero, el cronométrico del reloj, el Otro como prójimo no desempeña ningún papel.
- Para Lévinas, el tiempo es una relación con el Otro, una versión hacia el Otro, un movimiento, la trascendencia. Es responsabilidad responsiva

¹ MELICH, Joan-Carles: "El tiempo y el deseo. Nota sobre una ética fenomenológica a partir de Lévinas", *Enrahonar*, nº 28, Barcelona, 1998: 183-192.

de una demanda ajena que no está sometida al lenguaje de la representación, la libertad o el consenso.

- En el tiempo lineal hay hechos, y no acontecimientos. Lo anterior antecede a lo siguiente, que es idéntico a lo previo. Es el tiempo en el que todo puede ser significado. Es flujo líquido, pero la relación con el Otro, no.
- El tiempo lineal es roto por la alteridad. El corazón del Yo es barbárico, orgulloso e ilimitado, sincrónico del Ser. El Otro rompe este tiempo yoico, crea en él discontinuidad, multiplicidad y fecundidad: crea la diferencia. La fecundidad es ser capaz de ser el destino del Otro, del Nuevo. Esta fractura abre al don gratuito del propio Ser; de lo contrario, hay mero intercambio. Ella hace al riesgo y al misterio; entre fracturas están el nacimiento y la muerte, el amor y el sufrimiento. Todas rompen la historia; la vuelven diacrónica. Por eso, el acontecimiento es ética: porque depone al orgulloso yo. Es el rasgo mesiánico del acontecimiento.
- El tiempo lineal es reversible; el tiempo ético, no. La necesidad de tiempo es depender de otros en lo propio. Por medio de esto, el Sujeto deviene anfitrión y rehén, pa(de)ciente de una huella de lo Infinito que no puede ser contenido debido a su desmesura. Esa huella proviene de la exterioridad, de la trascendencia; por eso el espacio se inserta en el tiempo ético. Ese espacio es lo que nunca será inmanente, es la presencia del Otro bajo su única representación posible: de ausencia. La ausencia puede interpelar, acusar, perseguir, desnudar y avergonzar.

En la Sección dedicada al deseo, se rescatan las siguientes ideas del autor lituano:

- Esta huella está vinculada al Deseo de Otro. Para Lévinas, este no nace de una falta, al estilo del eros platónico, sino de una abundancia. Es deseo de lo Infinito y no búsqueda de totalidad, conocimiento, satisfacción, intercambio, asimilación, integración o enriquecimiento; es búsqueda del extranjero ante cuya proximidad hay intensificación, se responde. El deseo es tiempo y extranjería; es hospitalidad con

el oprimido y el débil; es metafísico. Abraham –y no Abram– es figura de este deseo.²

- Lo Deseado metafísicamente es irrepresentable en pleno sentido psicoanalítico: es ininterpretable, invisible, indecible; proviene de lo exterior, de otra tópica, descontextuado, heterodoxo, inquisidor; provoca el Decir, es anterior a toda representación figurativa y elaborativa del mismo, es diacrónico y responsivo.
- La totalidad es el horror del Ser, un ser horroroso. En la exterioridad resplandece el Rostro del Otro. El rostro del Otro apela desde su muerte, su asesinato y genocidio; la ética, el deseo del Infinito, responde con una pregunta sobre el Mal: "¿por qué?".

En fin, estas son, resumidamente, las ideas que *me convocaron a escribir* y que dejaron, injustamente con el autor y el lector, otra serie de cuestiones tan suscitadoras y enriquecedoras como las anteriores. Invito, a quienes deseen, a leer el artículo completo.

Un eco psicoanalítico: narcisismo y relación objetal en Botella

Las relaciones de los conceptos antes citados con el Psicoanálisis son demasiado amplias para, siquiera, resumirlas en estas páginas. Aun para con los autores seleccionados, César y Sara Botella, explicitar algunas de ellas en detalle sería una tarea, cuanto menos, titánica. Voy a restringirme solo a mencionarlas y a evocar luego un poco más la cuestión narcisista:

- En el psiquismo, hay procesos representados e irrepresentados.
- Análogamente, hay procesos tópicos y otros "fuera de tópica", en donde "tópico" implica cierto grado de historización, al decir de Piera Aulagnier.
- Mientras los procesos psíquicos transcurran tópicamente, son reversibles; sin embargo, al momento en el que los irrepresentados son "puestos en tópica", se vuelven irreversibles.
- Los procesos se vuelven tópicos a través de un trabajo de figurabilidad realizado por la libido

² "El nombre Abram sería, etimológicamente, 'padre de Aram', el lugar donde nació; y Abraham, el versículo explica que significa que va a ser un padre de muchos pueblos, de mucha gente". Rabino Abraham SKORKA, en: BERGOGLIO, Jorge M.; SKORKA, Abraham y FIGUEROA, Marcelo: *La dignidad*, Buenos Aires, Santa María/Canal 21 Arzobispado de Buenos Aires, 2012, págs. 29-30.

narcisista, conducida por el principio de “convergencia-coherencia”, que aporta unidad, inteligibilidad y belleza al hecho ocurrido.

- Lo irrepresentable es psíquicamente traumático por definición.
- Para André Green, lo irreversible es diacrónico, pues enlaza edípicamente con las diferencias generacionales, objetales, sexuales, represivas. La conservación de esta huella, que permite abrirse paso, solo tiene lugar en el espacio del padre muerto.³

He ahí algunas pautas para seguir pensando. Pasemos ahora a la cuestión narcisista y su vinculación objetal. En su texto *Más allá de la representación*,⁴ César y Sara Botella estudian el trabajo de figurabilidad y lo ponen en relación con los trabajos de regresión y progresión psíquica, con el modelo del sueño y el dormir, con la temporalidad psíquica. Al señalar estos movimientos regresivos y recuperatorios del narcisismo al momento del dormir, que son equivalentes para otras circunstancias durante la vigilia, puntualizan:

La noción de regresión narcisista no es reducible a la descripción de un recorrido entre dos polos, el objetal y el narcisista. [...] Parece evidente que la energía de las pulsiones oscilando entre narcisista y objetal es comparable a los polos magnéticos que constituyen un campo magnético sin discontinuidad. Si se rompe el imán en dos, por cualquier punto, se obtiene indefectiblemente en cada trozo un polo norte y un polo sur, para nosotros, libido narcisista y libido objetal. De todas formas, este punto de vista general no impide de ninguna manera el reconocimiento de las diferentes formas narcisistas presentes a todos los niveles. La noción objetal es más bien una necesidad teórica, ya que todo objeto por muy evolucionado que sea, comporta un cierto grado de investimento narcisista. El recorrido narcisista-objetal, la dualidad “representación de sí-representación de objeto” son inseparables de los movimientos regredientes y progredientes que comprenden la regresión tópica y formal. Es aquí que la idea de un psiquismo capaz de transformación se vuelve indispensable.⁵

Analíticamente, este punto es muy importante al momento de evaluar el funcionamiento psíquico. Con anterioridad, los autores habían dicho que la regresión narcisista del dormir solo es detenida por el Yo en un movimiento progresivo, rememorativo, donde se recuperan alucinatoriamente relaciones de objeto. Es decir que, para estos autores, la noción de objeto como *polo de atracción psíquica* es esencial para entender el funcionamiento psíquico completo. El polo de atracción objetal protege al psiquismo de una regresión sin fin –hacia el doble animista–. Una parte del movimiento constitutivo del juicio de realidad estará apoyada en la capacidad psíquica de alucinar negativamente al objeto sin retirar la libido objetal del mismo, a fin que en esa ausencia –en ese “escenario vacío”, al decir de Green– pueda advenir el reconocimiento del objeto, entre rememorado y percibido a la vez.

¿Cuál es, entonces, el primer eco que buscamos oír aquí? Que si para Lévinas el extranjero es atractivo por encima de toda representación mnésica propia (léase: narcisista), disruptivo y discontinuante temporalmente, éticamente apelante y trascendente en tanto Otro, desde la óptica de Botella y Green esto es posible porque el objeto es *un polo de atracción psíquica* que fuerza al psiquismo a su transformación tanto –¿o más?– como lo atrae en sus movimientos el narcisismo. Como Green señala, este objeto no puede ser otro que una ausencia, materna en primer grado, pero que se inscribe solo *a posteriori* de la huella del padre muerto. En términos de estructura psíquica, es un espacio exterior en el interior del psiquismo, que permite su representación y el diálogo con lo perceptible siempre nuevo.

Un eco espiritual: el deseo transformado

Hace un tiempo escribí que el esquema medieval de Dios como objeto último del deseo humano necesitaba ser revisitado para poder quitar de él su tinte de eros platónico o de acto puro aristotélico, y pensarlo autónomamente, sin una referencia inmediata a Dios, sino, más bien, mediata, represen-

³ GREEN, André: *La diacronía en Psicoanálisis*; Buenos Aires, Amorrortu, 2002, pág. 44.

⁴ BOTELLA, César y Sara: *Más allá de la representación*, Valencia, Promolibro, 1997.

⁵ *Ibidem*, 182-183.

tativa, culturalmente sesgada, que puede llegar a ser respuesta al Señor a partir de la manifestación de este en algún momento de la historia personal o colectiva. El texto sobre Lévinas que citamos parece entender la cuestión en los mismos términos, al relacionar la Totalidad con el eros platónico, que busca su propia completud y conocimiento, y el Infinito como un acontecimiento sorpresivo, convocante –“de efecto imán”, diríamos con Botella–, siempre irrepresentable, que conmueve al sujeto para transformarlo en hospedador de lo extranjero. Sería, a mi entender, el *kairós* de la trascendencia. Esto ha evocado en mí tres nuevos textos. Uno de Avenatti de Palumbo, donde la autora contrapone el eros platónico al eros cristiano en estos términos:

[El eros cristiano] se trata del movimiento provocado por la visión de lo mostrado ante lo cual responde todo el ser del hombre. Esta contemplación produce un éxodo, hacia la belleza, una salida de sí que es, para Balthasar, el único entusiasmo digno de ser tomado en serio. Este entusiasmo cristiano produce una paradójica “sobria ebrietas” que no es alienación o pérdida de identidad sino, por el contrario, plenitud desbordante propia de la experiencia del amor. Éste es el lugar de la respuesta humana a la manifestación de Dios.⁶

Aquí queda insinuado –el texto completo es más elocuente– que el eros platónico nunca podrá explicar el cristiano si no incluimos en su dinamismo la presencia velada de Dios manifestándose al hombre y suscitando en él una respuesta entusiasta, extática, arrebatada, para salir a Su encuentro, y no hacia una belleza ideal(izada).

Otro texto es de Jean-Pierre Longeat, abad del Monasterio San Martín (Ligugé, Francia):

Si la religión en sentido amplio designa todo vínculo que une con el prójimo como trascendente a uno mismo hasta una comunión de personas (Yo y tú son llamados a formar un *nosotros*), puede decirse que Cristo nos revela la esencia misma de la religión. Toda su vida ha sido maravillosamente vivida en esta óptica, hasta en su misma muerte. Porque su muerte no cerró la fuente de la vida, la fuente del amor: su costado se abrió y

de él, ha salido la sangre y el agua que hacen de nosotros *crístos*. Nuestro deseo más profundo encuentra su término en el costado herido de la carne en cruz. Es a partir de allí como es posible llegar en plenitud. Ese deseo que se comparte por la herida abierta es sin duda el camino más seguro para escapar al aislamiento de nuestra subjetividad pensante y razonante.⁷

Vuelve a aparecer aquí la palabra “trascendencia”, pero esta vez exclusivamente en relación con el otro como prójimo, en la figura de Cristo crucificado, y definida esencialmente como “religión”. Volvemos a experimentar las mismas vinculaciones: la figura sufriente o muerta; la salida de sí mismo por la herida del otro que interpela desde su ausencia, que cuestiona e incomoda; el compartir el mismo destino que el objeto; el fin de la subjetividad que piensa (representa); el arrebatado de la unción...

El tercer texto se conecta con la relación entre “tiempo” y “trascendencia” que establece Lévinas, especialmente en el momento en que Rosenzweig asocia “conversación” con “novedad y sorpresa”, es decir, con tiempo. Para ello, señala la referencia antes citada respecto de “necesitar tiempo” como una forma de dependencia del otro en lo propio. En este sentido, nosotros podríamos asociar “tiempo”, “trascendencia”, “conversación” con una palabra semejante, “conversión”. El mismo Lévinas había llamado al tiempo “versión hacia el Otro”. El texto que tengo en mente es una frase de *A merced de su Gracia*, de André Louf, que dice:

Convertirse es volver a empezar ese retorno interior, por el que nuestra pobreza humana –lo que Pablo llama “la carne”– se vuelve hacia la gracia de Dios. De la ley de la letra, pasa a la ley del Espíritu y de la libertad; de la cólera a la gracia. Este retorno no se termina nunca, pues siempre está comenzando. [...] En efecto, la conversión es asunto de tiempo. El hombre necesita tiempo, y Dios quiere también necesitar tiempo con nosotros. [...] El hombre está hecho de tal manera que necesita tiempo para crecer, madurar y desplegar todas sus capacidades. Dios lo sabe mejor que nosotros. Por eso espera, no abandona nunca. Es indulgente, longánimo.⁸

⁶ AVENATTI DE PALUMBO, Cecilia I.: *La literatura en la Estética de Hans Urs von Balthasar. Figura, drama y verdad*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 2002, pág. 275.

⁷ LONGEAT, Jean-Pierre: “La transmisión de los valores monásticos hoy”, *Cuadernos Monásticos*, nº 181, Buenos Aires, 2012: 128 (las itálicas son del autor).

⁸ LOUF, André: *A merced de su Gracia*, Madrid, Narcea, 1991, pág. 15-16.

Un eco bíblico: una visita “relámpago” a Nazaret

Comencemos este último apartado con cita del texto bíblico en cuestión:

Jesús salió de esa región y regresó con sus discípulos a Nazaret, su pueblo. El siguiente *shabat*, comenzó a enseñar en la sinagoga, y muchos de los que lo oían quedaban escandalizados.⁹ Cuestionaban: “¿De dónde sacó toda esa sabiduría y el poder para realizar semejantes milagros?”. Y se burlaban: “Es un simple carpintero, hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón. Y sus hermanas viven aquí mismo entre nosotros”. Se sentían profundamente ofendidos y se negaron a creer en él. Entonces Jesús les dijo: “Un profeta recibe honra en todas partes menos en su propio pueblo y entre sus parientes y su propia familia”. Y, debido a la incredulidad de ellos, Jesús no pudo hacer ningún milagro allí, excepto poner sus manos sobre algunos enfermos y sanarlos. Y estaba asombrado de su incredulidad.¹⁰ Después, Jesús fue de aldea en aldea enseñando a la gente.

Aquí tenemos, básicamente, un rechazo. El pueblo nazareno repudia la propuesta de Jesús. Marcos no se extiende sobre el tema, pero Lucas amplía que Jesús interpretó públicamente que el cumplimiento de las profecías de Isaías sobre la redención de Israel de manos de los paganos (romanos, en este caso) estaban cumpliéndose en ese mismo momento y que reemplazaba Su venganza¹¹ por el amor a ellos,¹² y anunciaba un rechazo al Israel incrédulo. La burla no se hizo esperar, junto a la murmuración y el desprecio debido a su falta de formación rabínica. “¿Quién es él para venir a decirnos esto? ¿Un carpintero, hijo de un carpintero?”. Y otras desautorizaciones que parecen extenderse a su madre, hermanas y hermanos. En efecto, Jesús no deslumbraba; tampoco lo había hecho Jeremías ni luego lo haría Pablo. Ante esto, él mismo se define como “profeta”, hablante en nombre de Dios, enviado por Dios, *pneumatóforo*,

portador del Espíritu. También parecería verse por su respuesta, y aun ante el desprecio comunitario hacia ellos, que su propia familia también lo despreciaba. Su punto fuerte no era su retórica, sino su capacidad de *conmover*, de *cuestionar* lo instituido, de llenar de Espíritu la Torá.¹³

La fuente de esta extranjerización de Jesús es, justamente, su condición *espiritual* y no su condición nazarena. Jesús escandaliza no por ser familiar o de la zona, sino por comportarse *como un extraño* ante ellos, como un profeta. Aquel *shabat* fue un *shabat recordado*; ocurrió un evento nuevo que debió significarse, recordarse, rememorarse, relatarse, escribirse y enseñarse: el ungido fue rechazado. ¿Cómo no vería Israel posteriormente en este profeta a uno más en la cadena profética, tal como la definen Jeremías o Ezequiel? Si el Espíritu irrumpe y envía, es Él quien es *extranjero* en Nazaret y tanto Él como Sus palabras y obras son rechazados *por lo familiar*, sea por el “nosotros” de esa sinagoga en particular o por el “nosotros” de la carpintería. Es la Totalidad –el deseo de Totalidad– el que se cierra al abundante Infinito que aparece temporalmente pobre, frágil, éticamente demandante, extranjerizado, *novedoso*, *mesiánico* –recordemos la sospecha popular de sus milagros–. Y esto implica dejar afuera la dimensión de una re-ligazón simbólica, de una Alianza renovada con Dios, no con Jesús, aunque Él sí la predica y muestra como presente y actuante, y de la que es –rechazo mediante– su *figura* privilegiada.

Conclusión

Brevemente, indicaremos que el recorrido elegido ha partido de la comprensión del tiempo y el deseo en Lévinas como un deseo de Otro, de novedad, de hospedar al extranjero, de deseo ético, metafísico; para luego oír su eco primeramente en la concepción analítica de la relación objetal, según

⁹ JEREMÍAS, Joaquín: *Teología del Nuevo Testamento*, Salamanca, Sígueme, 1985, vol. I, pág. 242.

¹⁰ Mc 6,1-6, *Santa Biblia*, Illinois, Tyndale House Publishers, 2010, pág. 800.

¹¹ Observemos que Jesús, según Lucas, omite recitar el último versículo de la profecía de Isaías donde habla de “el día de la ira de Dios contra sus enemigos” (Is 61,2c) y deja inconclusa la lectura del rollo (cf. Lc 4,19). Para una fuente de esta interpretación, remitimos al texto y la página de Joaquín Jeremías citados anteriormente.

¹² Cf. Mt 5,43-48. Nótese la referencia a los “paganos” en el versículo 47.

¹³ BERGMAN, Sergio: *Celebrar la diferencia*, Buenos Aires, Ediciones B, 2009, pág. 170.

la entienden César y Sara Botella, en especial, en su función *atrayente* y *transformadora* de la energía narcisista. Otro autor que se puede leer para enriquecerse, por su forma semejante de pensar, es el inglés Christopher Bollas.¹⁴ Más adelante, los ecos nos llevaron por la espiritualidad, para oponer Totalidad e Infinito al *eros* platónico y al *eros* cristiano, en el sentido de que este remite siempre, *como fuente de la transformación personal*, a la presencia velada de Dios, que *atrae* el deseo del hombre, pero no para llevarlo por la vía ascendente de la belleza idealizada, sino por la descendente de la ética. André Louf nos prestó sus palabras para expresar

este movimiento como “conversión” y Jean-Pierre Longeat lo designó “transcendencia”, poniendo como figura al Cristo herido de la cruz. Por último, nos encontramos con Jesús en Nazaret, en el momento del rechazo a su predicación respecto de la necesidad de conversión y el cumplimiento de las profecías. Aquí, la condición de “tiempo” coincide con la de extranjería, de no-familiaridad, y la reacción de repliegue hacia lo conocido es concomitante con la de rechazo hacia el Otro que aparece desprovisto de la “belleza, coherencia y unidad” que el deseo erótico bien hubiera, narcisistamente, recibido... naturalmente, sin hospedarlo.

¹⁴ BOLLAS, Christopher: *Cracking up*, Londres, Routledge, 2008.